

## **Ante una estatua**

Muerto el Justo, hubo en la ciudad mucho duelo y alegría á la par.

Duelo en aquellos que, animados por su valeroso ejemplo, habían afrontado la cólera del tirano y arriesgado las represalias con que la ciudad se hubiera ensangrentado á no haber sido vencido el hombre nefasto.

Alegría en aquellos otros que, en cuadrillas feroces, aullaban rabiosamente alrededor del hombre que en la plaza pública fulminaba el rayo de su indignación y de su protesta contra la insolencia de la soldadesca, la maulería de los magistrados y la imbecilidad del pueblo.

El extranjero que por primera vez pisase el suelo de la capital, hallaría que la multitud que vagaba por las calles tenía un aspecto inquieto y raro, desconocido, explicable únicamente para los que conocieran las pasiones que durante muchos años luchaban en el país.

Ese aspecto indicaba los sentimientos de los individuos, separados en dos agrupaciones irreconciliables.

La alegría intensa que iluminaba los rostros de unos, contrastaba con la aflicción grabada en los otros.

Para insultar ese dolor (mientras en la sociedad humana haya clases, la plebe, inculta por desheredada, tendrá siempre la alegría brutal) se oían cantos en que se insultaba el nombre del muerto, con el fin de que sus admiradores interrumpiesen su actitud y se desvirtuase el homenaje rendido á las virtudes del héroe.

Pasó tiempo, y sin saber cómo, tal vez de los elogios entusiastas cogidos al vuelo de una conversación entre dos sencillos cargadores del muelle, surgió la idea de honrar la memoria del pensador ilustre y del orador elo-